

Introducción Editorial

ECONOMIA AÑOS 80 (II)

**ECONOMIA AÑOS 80:
SEGUNDA ENTREGA**

EL presente número de PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA mantiene una estrecha relación con el número anterior y con las conclusiones que se desprenden de los trabajos en él contenidos. Recordemos, muy brevemente, esas conclusiones.

Según se ponía de manifiesto en la Introducción del número 27, el panorama internacional, a mediados de 1986, permite ser algo más optimistas respecto al crecimiento, a corto plazo, de los países industrializados de mercado y de muchos países subdesarrollados. La reducción de tres precios importantes —del petróleo, del dinero y del dólar— hace suponer que, a lo largo de 1986 y 1987, esos países podrán alcanzar, sin tensiones inflacionistas, tasas de crecimiento algo más elevadas que las registradas desde el comienzo de la década. Esas mejores perspectivas no nos deben hacer pensar, sin embargo, que la crisis ha sido ya superada porque, por una parte, no sabemos cuáles puedan ser la duración y alcance de esos estímulos y, por otro lado —y aquí radica la restricción más importante—, el sistema económico que impera en los países occidentales está aquejado de una serie de males que le impiden recuperar el dinamismo perdido. Esos defectos son, fundamentalmente, las notables rigideces que imperan en todos los mercados, y en especial en el mercado de trabajo, la hipertrofia del sector público y el desequilibrio de sus presupuestos y la crisis del Estado de bienestar. Tres defectos que restan eficacia al mecanismo productivo y que no hacen aconsejables las políticas expansivas de demanda, puesto que los estímulos monetarios y fiscales aplicados a sistemas rígidos y desequilibrados se traducirán mucho más fácilmente en elevaciones de precios que en aumentos del producto, la renta y el empleo. De todo ello surgían dos conclusiones básicas:

1.^a Hay señales, en el entorno internacional, que hacen suponer que, a corto plazo, la mayor parte de las economías crecerán algo más y resolverán, así, algunos de los problemas que hoy las aquejan.

2.^a Los problemas básicos, que son los que se refieren a la capacidad expansiva del capitalismo moderno, siguen sin resolverse. Una política económica prudente debe, por lo tanto, renunciar a las políticas expansivas de demanda y perseverar en el esfuerzo de ajuste si busca, sinceramente, la salida de la crisis.

Esa reflexión contenida en el anterior número de PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA, reflexión, por otro lado, ampliamente compartida dentro y fuera

del país, está apoyada sobre dos ideas que no se explicitan claramente, pero que soportan todo el razonamiento. La primera de ellas es que vivimos en un mundo intercomunicado y que, por lo tanto, los impulsos y las perturbaciones externas alcanzan a todas las economías, sea cual sea su origen. Sin esa idea de **interdependencia** no sería posible hablar de un horizonte algo más expansivo para la mayoría de los países, puesto que no sería concebible la difusión, generalizada, de los estímulos. La segunda de las ideas se refiere a la salud del capitalismo administrado que regula la vida económica de los países de economía de mercado. Ese capitalismo ha perdido capacidad expansiva, a juicio de la mayor parte de sus estudiosos y críticos, precisamente por el exceso de intervenciones y por el enorme peso del Estado. Es un capitalismo embridado, que requiere de ciertas correcciones, que necesita ser repensado, que requiere de nuevos enfoques. Si no existiese **alternativa** a ese capitalismo no tendría sentido alguno hablar del esfuerzo del ajuste, porque ajustar el sistema significa, fundamentalmente, corregir sus actuales defectos y lograr que funcione de manera distinta.

Esas son, sin duda, las dos ideas que laten en la reflexión, ya sintetizada, a la que se dedica el número 27 de PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA. Y ello hace que el presente número sea claramente complementario del anterior, dado que los trabajos que lo integran se relacionan, muy directamente, con esas ideas de **interdependencia** y de **alternativa** al capitalismo administrado.

EL ALCANCE DE LA INTERDEPENDENCIA EN LAS ECONOMÍAS DE LOS AÑOS 80

La mayor intercomunicación entre las distintas economías no es, por supuesto, fruto del azar, sino resultado de la acentuada división internacional del trabajo que se ha venido produciendo desde el término de la segunda guerra mundial y que, en los países occidentales, se ha buscado de forma consciente por dos vías: reduciendo, por una parte, los obstáculos que dificultan la libertad de movimiento de bienes y capitales; y estimulando, por otro lado, los procesos de integración. Las fronteras económicas son, hoy, bastante menos compactas que lo fueran en los años 40 y 50, lo que, naturalmente, da como resultado la capilaridad de todas, o de casi todas, las economías. Añádase a ello un tercer factor de indudable importancia: la expansión mundial de las empresas multinacionales, y se comprenderá, sin grandes dificultades, por qué la interdependencia es uno de los rasgos más acentuados de la actual economía internacional.

Esa elevada interdependencia física —la vida de cada país depende de recursos que se encuentran en otros países— y financiera —sin los capitales de los demás países las posibilidades nacionales de inversión se verían fuertemente limitadas— puede observarse desde distintos ángulos. El primero de ellos es, naturalmente, el comercial, que no hace sino traducir la interdependencia física: el comercio mundial representa, hoy, un porcentaje elevado del producto total. Más de un 30 por 100 del mismo. Pero cabe también apreciar la intercomunicación examinando los movimientos de los tipos de interés de las principales monedas y com-

probando que se mueven de forma sincronizada: si así no fuera, los movimientos de capital a corto plazo se harían mucho más intensos y provocarían difíciles situaciones de balanza de pagos en los países que no siguieran la tendencia general. Y es posible, además, comprobar cómo la transmisión internacional de los ciclos es, en la actualidad, mucho más veloz que en épocas pasadas; transmisión que se efectúa con intensidad desde las grandes economías a las economías menores, y que reviste menos fuerza en el sentido inverso.

Naturalmente, la interdependencia produce una serie de efectos que, en nuestro mundo actual, no pueden ignorarse. Al primero de ellos ya nos hemos referido en el párrafo anterior: las perturbaciones externas alcanzan a todas las economías y las alcanzan con inusitada rapidez, generando, en muchos casos, retroalimentaciones aún más perturbadoras. Lo que ocurre hoy en los mercados financieros norteamericanos afectará, en un breve espacio de tiempo, a todas las demás economías y, por supuesto, a la economía española que, además, recibirá asimismo la suma de efectos producidos por el primer choque en las principales economías europeas. Todo lo cual significa, en el plano de la política económica, tres cosas:

1.^a Que la autonomía de las políticas económicas es muy limitada. Lo es, por supuesto, en el caso de las economías medias, como la española, pero resulta también cierto para las grandes economías. Y prueba de ello es que el presidente de la Reserva Federal norteamericana, Paul Volcker, aseguraba recientemente que para que en el año actual la economía norteamericana pudiese acelerar su ritmo de crecimiento era necesario que los gobiernos de Japón y de los países de la Comunidad Económica Europea adoptasen políticas más expansivas.

2.^a Que las economías se homogeneizan: sus problemas tienden a parecerse, porque la elevada intercomunicación los aproxima notablemente.

3.^a Que, en consecuencia, las políticas económicas deben responder a una sustancial convergencia. Algo que no puede sorprendernos, puesto que si resulta casi imposible confiar en políticas económicas autónomas, por la importancia que reviste la evolución de las demás economías, y si los problemas tienden a parecerse, la consecuencia lógica es que los remedios empleados en cada país no difieran mucho de los utilizados en los demás países. Lo ocurrido en Francia en 1981 es, además, especialmente revelador. Con una elevada intercomunicación en términos generales, y muy intensa respecto de los demás miembros de la CEE, el gobierno francés, frente a problemas que no diferían sustancialmente de los que aquejaban a los demás países occidentales, decidió quebrar esa regla de la convergencia y variar el sentido de la política económica hasta entonces aplicada de lucha contra todos los desequilibrios, estimulando la demanda interna para reducir, a corto plazo, la tasa de paro. Los resultados no se hicieron esperar: los desequilibrios fundamentales se hicieron más agudos, la brecha exterior obligó a efectuar varias devaluaciones sucesivas y, al cabo de pocos meses, las autoridades francesas tuvieron que rectificar su política económica y aproximarla a la de los demás países occidentales.

**ALGUNOS
PROBLEMAS
DE LA ECONOMIA
INTERNACIONAL
DE LOS 80**

¿Qué conclusiones pueden extraerse de las proposiciones anteriores? La conclusión inmediata es, a nuestro entender, simple: no es posible, en el actual universo económico, ignorar los problemas de los demás países ni, por supuesto, las políticas a corto y largo plazo aplicadas para tratar de resolverlos. O, dicho de otro modo, el entorno económico cobra, en nuestros días, especial importancia, y de nada sirve examinar minuciosamente los problemas de un país si no se presta la adecuada atención a lo que está sucediendo en los demás países. Y habría que añadir una segunda conclusión, que deriva directamente de lo dicho hasta aquí: toda medida que tienda a bloquear la comunicación entre distintas economías puede producir muchos más inconvenientes que beneficios, porque enturbia la división internacional del trabajo y resta eficacia al correspondiente mecanismo productivo.

La parte primera de este número de PAPELES está dedicada, precisamente, a examinar algunos problemas que se advierten en nuestro derredor. No se trata de pasar revista a todos los problemas —empresa fuera del alcance de cualquier número de cualquier revista— pero sí de estudiar varios de los más importantes. Los problemas elegidos son cuatro: los planteados por el tipo de cambio, la deuda externa, el renacimiento del proteccionismo y los cambios tecnológicos. Al fin y al cabo, los precios relativos de las monedas reflejan, en buena medida, las perturbaciones de la economía mundial; la deuda exterior de los países subdesarrollados es un gran obstáculo para el desarrollo de estos países, pero afecta igualmente al mundo desarrollado; la tecnología se ha convertido en el sector clave de las transformaciones económicas, pero también en el generador de continuas perturbaciones; el ascenso del proteccionismo refleja, de un lado, la resistencia de los países a aceptar los costes del ajuste y, del otro, dificulta sobremanera ese ajuste.

En 1971 desapareció el sistema de tipos de cambio fijos que se había pactado en los Acuerdos de Bretton Woods de 1944 y se pasó a un sistema de flotación generalizada. Para el profesor **Viñals** se confiaba, por entonces, en que la flotación generalizada permitiese equilibrar automáticamente las balanzas de pagos —lo que haría que las políticas nacionales se preocupasen, exclusivamente, de alcanzar el equilibrio interno—, evitar los ataques especulativos contra monedas consideradas débiles, aislar las economías de las perturbaciones externas y aumentar el alcance de la política monetaria en tanto que arma de lucha anticíclica. Toda una serie de aspiraciones lógicas, pero que no han llegado a materializarse porque, tras quince años de experiencia, se ha podido comprobar que los cambios flexibles no garantizan el equilibrio de las cuentas exteriores, no aíslan a las economías de los choques externos ni potencian la capacidad anticíclica de la política monetaria. Tras analizar las principales teorías de determinación del tipo de cambio y las oscilaciones de las monedas fundamentales —magnificadas, a veces, por la existencia de burbujas especulativas—, el profesor **Viñals** enumera las propiedades deseables que debe poseer un sistema de tipos de cambio:

por una parte, reducir al máximo los movimientos bruscos y, por otra, acomodar los movimientos permanentes o fundamentales a medio plazo. Objetivos que persiguen las propuestas de reforma hoy en boga, en especial las de **McKinnon** y **Williamson**, pero que difícilmente se podrán cumplir sin coordinar, de alguna manera, las políticas económicas de los grandes países, puesto que, en última instancia, el mecanismo de los cambios no es sino el hilo internacional que enlaza tales políticas.

La deuda exterior de los países en desarrollo, que roza en la actualidad el billón de dólares, es, en el fondo, la expresión más clara de los profundos desajustes que aquejan a sus economías y que los dos choques petrolíferos de los años 70 se encargaron de realizar. Desajustes que son más visibles en el conjunto de países más endeudados: los de América Latina. Tanto es así que, para muchos observadores de la realidad internacional, el problema de la deuda es, fundamentalmente, un problema de América Latina.

Precisamente por esa razón, el trabajo escrito por el profesor **Muns** sobre la deuda exterior analiza el tema desde esos países, y comienza por señalar las causas que han llevado tal problema hasta su crítica situación actual. Razones que tienen que ver, en parte, con la mala gestión interna de los países de la región, pero que se relacionan también muy directamente con el aumento de los tipos de interés real observable a partir de 1977 y con el deterioro de la relación real de intercambio de la región. Pero la singularidad del artículo no viene dada solamente por ese enfoque latinoamericano del problema sino, sobre todo, por facilitar el conocimiento detallado de lo que ha ido sucediendo con los principales deudores y del papel que el Fondo Monetario Internacional ha jugado y juega en la solución del problema. Para esa tarea, el profesor **Muns**, Director Ejecutivo del Fondo durante varios años, cuenta con una experiencia directa, que se trasluce en su trabajo y que da relieve al marco internacional en el que el fenómeno se inserta. Un fenómeno, el de la abultada deuda exterior de esos estados, de profundas repercusiones en todos los países, tanto subdesarrollados como desarrollados; una situación en la que las distintas partes implicadas tienen, casi siempre, versiones distintas y posiciones encontradas, puesto que el esfuerzo de transferencia que requiere el servicio de esa deuda es, en las condiciones actuales, casi imposible de realizar; pero es un problema que no puede ser resuelto de manera unilateral y que sólo encontrará solución, parcial o total, en el ámbito de la cooperación internacional.

Hay un claro contraste entre las primeras explicaciones que se dieron sobre las causas de la actual crisis internacional y las que se han ido aceptando en los últimos años, al comprender que, tanto por su origen como por su trasfondo, la crisis económica debe identificarse con una auténtica crisis industrial de largo alcance. El artículo del profesor **Cuadrado Roura** analiza, precisamente, uno de los factores que hoy se consideran más relevantes en cualquier análisis de la economía mundial: los cambios tecnológicos en curso. Unos cambios cuyas características permiten empezar a identificarlos ya con una nueva revolución tecnológica, de la que se derivan tanto la progresiva —y a veces rápida—

obsolescencia de algunos productos y procesos de producción, que han ocupado posiciones importantes a lo largo de la fase de expansión que precedió a la crisis, con el nacimiento y desarrollo de otros productos, procesos y actividades llamados a reemplazarlos en los próximos años. Los avances tecnológicos, que en estos momentos se están introduciendo y desarrollando con gran rapidez, aparecen entre los principales protagonistas del momento presente de la economía mundial, con indudables repercusiones negativas, pero, al mismo tiempo, con señales esperanzadoras para el futuro.

Empieza a ser común aceptar —y a ello se adhiere el profesor **Cuadrado**, tras analizar los rasgos más sobresalientes de la fase expansiva de la posguerra y el tipo de cambios tecnológicos actualmente en desarrollo— que estamos en la fase inicial de un nuevo ciclo productivo, lo cual lógicamente incluye rupturas y cambios estructurales bastante profundos en el sistema productivo heredado. El surgimiento de algunos nuevos sectores líderes y una mayor interpenetración entre los países de un mismo bloque —aunque con el refuerzo de los que ocupan ya las primeras posiciones— son dos de las consecuencias económicas con las que hay que contar cara al futuro. La modificación de la división internacional del trabajo que se había empezado a desarrollar desde finales de la década de los sesenta también se verá afectada en su trayectoria, como se está empezando ya a comprobar. Y, dentro de cada país, un gran número de actividades —agrarias, industriales y de servicios— se están viendo, y se verán todavía más, seriamente afectadas por las nuevas tecnologías; principalmente por las que se relacionan con la microelectrónica y sus derivaciones más directas en los campos de la información y las comunicaciones.

Desde el comienzo de la década anterior se asiste, en el terreno de los intercambios internacionales, a un resurgir del proteccionismo; no del proteccionismo tradicional, basado en el aumento de los aranceles, sino de un proteccionismo multiforme que unas veces se apoya en los acuerdos voluntarios de limitación de exportaciones y otras recurre a poner en pie distintos obstáculos de carácter sanitario o administrativo.

El trabajo del profesor **Requeijo** examina, con amplitud, las razones de ese resurgir. Razones que tienen que ver con la existencia de focos de presiones proteccionistas en todos los países: el déficit público norteamericano; la Política Agrícola Común; la configuración y funcionamiento de la economía japonesa; y también las ambiciones autárquicas de muchos países en desarrollo; y razones que, sin embargo, van más allá de esas situaciones concretas. Por ello, una parte importante del artículo se dedica a presentar las teorías más sobresalientes que justifican la protección. Es posible que las ansias protectoras se asienten en el hecho simple de que la libertad de comercio es, a juicio de cualquier gobernante, un objetivo social menos defendible que la seguridad exterior e interior; es posible que el librecambio generalizado sólo pueda darse en un mundo completamente dominado por una potencia hegemónica que entienda la libertad de comercio como una vía de expansión de sus propios intereses; es posible que no haya lugar para el librecambio (si nos atenemos al

sentido original del término) en un mundo de economías fuertemente intervenidas; y también cabe pensar que la protección sea, para una región determinada, el único modo de acometer una amplia transformación industrial sin incurrir en costes sociales demasiado elevados.

Pero la situación actual, como resalta el trabajo del profesor **Requeijo**, se caracteriza no sólo por la existencia de esas presiones, agudizadas por problemas financieros y organizativos de carácter internacional, sino también por el hecho de que el comercio se haya contraído menos de lo que debía esperarse, dada la amplitud de la marea proteccionista. Algo que sólo puede explicarse si tenemos en cuenta que la especialización internacional y la acción de las empresas multinacionales sirven de contrapeso a las presiones mencionadas y mantienen los flujos de comercio. De ahí que, en suma, el actual proteccionismo resulte de la acción contrapuesta de, por un lado, la fuerte intervención a que están sometidas las economías y, por el otro, la elevada interdependencia que las une; de ahí que la coordinación de las políticas económicas de los países, o por lo menos de los grandes países, sea condición indispensable para frenar los impulsos protectores y potenciar el clima de librecambio.

Hemos señalado ya que el capitalismo administrado, de inspiración keynesiana, no se ha mostrado capaz de resolver la crisis actual. Su receta fundamental, el estímulo de la demanda agregada, no surte los efectos deseados en un mundo de notables rigideces y variaciones bruscas de precios y demandas relativas. De ahí que la búsqueda de un sistema más eficaz y más adecuado a las necesidades actuales constituya un objetivo fundamental para economistas y políticos; una búsqueda que se inició en los años 50 —ya, por entonces, muchos economistas desconfiaban de las virtudes de la intervención— y que, naturalmente, se ha intensificado con las crisis desencadenadas en los años 70.

Como se verá, los trabajos incluidos en este número de **PAPELES DE ECONOMÍA ESPAÑOLA** no pretenden efectuar un análisis exhaustivo de los otros modelos de economía de mercado, sino tan sólo presentar, de forma comprensible para el lector medio, los aspectos esenciales del monetarismo, de la nueva macroeconomía clásica apoyada en la racionalidad de las expectativas y de la economía de la oferta. Son artículos de carácter divulgatorio, cuya finalidad es presentar las opciones reseñadas para informar al lector de la situación en que se encuentra el debate sobre la naturaleza de nuestro sistema económico, y que van acompañados de los trabajos que, a juicio de sus autores, mejor iluminan cada una de esas posturas.

Pero antes de referirnos al contenido de esos tres trabajos quizás convenga recordar cuál es el núcleo esencial del pensamiento keynesiano, puesto que el monetarismo, la nueva macroeconomía clásica y la economía de la oferta se oponen frontalmente al mismo. Un núcleo de pensamiento que podemos sintetizar en tres proposiciones. Primera: la economía de mercado es un sistema inestable que no garantiza la

LOS OTROS ENFOQUES DEL CAPITALISMO

consecución de altos niveles de empleo. Segunda: para lograr ritmos altos de crecimiento y aumentar la tasa de empleo se precisa regular la demanda agregada de la economía. Tercera: por todo ello, la recomendación fundamental del keynesianismo es, en palabras de Franco Modigliani, «que una economía de libre empresa, con dinero fiduciario, necesita ser estabilizada y, en consecuencia, debe serlo mediante el empleo de las medidas adecuadas de política monetaria y fiscal». He ahí lo que significa el keynesianismo y las bases de partida de la creciente intervención pública que se ha venido produciendo desde finales de la segunda guerra mundial en las economías occidentales. Veamos ahora, a través de los artículos contenidos en este número de la revista, qué dicen sus oponentes.

El monetarismo, como señala el profesor **Irastorza**, no es una doctrina monolítica, sino que presenta múltiples variantes. Todas ellas, sin embargo, están apoyadas en una creencia que las separa claramente del pensamiento keynesiano: para el monetarismo de cualquier tipo, la economía de mercado es un sistema inherentemente estable y que, por lo tanto, no requiere de intervenciones públicas que terminarán por alterar su funcionamiento y por menoscabar la libertad de los ciudadanos. Se trata, por lo tanto, no sólo de un conjunto de proposiciones económicas sino, por encima de todo, de una ideología que defiende el valor supremo de la libertad.

De todas formas, el trabajo del profesor **Irastorza** destaca las proposiciones fundamentales de las escuelas monetaristas, sus ideas respecto al funcionamiento de la economía de mercado, las variantes conocidas del monetarismo y la naturaleza de la política económica seguida en España durante los últimos años. El monetarismo acepta la validez de la ecuación de Fisher y de sus supuestos cruciales: velocidad del dinero constante y pleno empleo de los recursos productivos; estima que la cantidad de dinero determina la renta nominal y que la manera de facilitar el crecimiento es hacer crecer esa cantidad de dinero a una tasa constante; entiende que la relación entre desempleo e inflación no existe a largo plazo y que el desempleo tiende a situarse en su tasa natural, muy condicionada por factores reales e institucionales. Para el monetarismo, por lo tanto, no es preciso regular un mecanismo intrínsecamente estable —toda política de estabilización que pretenda reducir el paro por debajo de su tasa natural es perturbadora, porque desencadenará un proceso inflacionista— y la única política deseable es la ya mencionada de hacer crecer la masa monetaria a un ritmo constante. Existen diferentes variedades del monetarismo —el global, el fiscal, el de salarios rígidos, el derivado de la escuela austríaca o el del gobierno inglés actual—, aunque todas ellas giran alrededor de los presupuestos ya enumerados. Por último, y pese a la importancia que ha adquirido en España la política monetaria, la profundidad y pluralidad de las intervenciones públicas excluyen toda posibilidad de que las políticas económicas aplicadas desde el retorno de la democracia puedan ser calificadas de monetaristas.

De la nueva macroeconomía y de la racionalidad de las expectativas se ocupa el trabajo del profesor **José Luis Raymond**. La hipótesis tradicional

sobre expectativas era que los agentes económicos las formaban a través de mecanismos «ad hoc» que se introducían con objeto de llegar a la especificación de modelos fácilmente interpretables. Tal proceso de formación de expectativas encajaba mal con la idea de racionalidad, fuertemente arraigada en la totalidad del análisis moderno. Por el contrario, la racionalidad de las expectativas supone que si los individuos cometen errores en sus previsiones, éstos se limitan a los puramente inevitables, de suerte que sus expectativas se forman aprovechando, de forma completa y eficiente, la información disponible.

Esta idea, aparentemente inocua, y que parte de un artículo de Muth de principios de la década de los 60, tiene implicaciones importantes en lo que concierne a la interpretación de la realidad económica y el diseño de políticas. En primer lugar, justifica una menor intervención económica. Así, la hipótesis de racionalidad de las expectativas reduce el grado de certidumbre de los efectos de la política económica. Ahí radica la controversia crítica de **Lucas** a la evaluación de políticas a través de la simulación de modelos econométricos. Al variar el tipo de política, varía el proceso de formación de las expectativas, y los efectos de la nueva política son, en parte, desconocidos. En segundo lugar, la conveniencia de evitar las intervenciones, que emana de las ideas de **Lucas**, se refuerza si sumamos a la hipótesis de neutralidad la de racionalidad. En tal caso, la política económica coyuntural sólo resulta eficaz si actúa por sorpresa. Aunque los resultados de la contrastación empírica no parecen refrendar la hipótesis de neutralidad, es necesario distinguir entre los efectos de las políticas anticipadas y los efectos de las políticas no anticipadas. Una política coyuntural keynesiana de corte tradicional entra dentro de la primera categoría, y con el transcurso del tiempo pierde parte de su operatividad, pudiendo llevar aparejados ciertos costes al aumentar la incertidumbre. Si bien la evidencia empírica en favor de la racionalidad de las expectativas, como señala el profesor **Raymond**, no resulta plenamente convincente, es interesante resaltar que su planteamiento conceptual resulta acorde con la lógica que subyace en la mayor parte de los postulados económicos, y que algunas de sus implicaciones no pueden olvidarse al diseñar la política económica. Porque el objetivo de esas políticas debe ser más sutil y complejo que los meros ajustes marginales de naturaleza fiscal y monetaria tendentes a la consecución del pleno empleo y que, en cierta forma, se derivan de una ingenua interpretación keynesiana de la vida económica. De lo que se trata, en realidad, es de diseñar un marco institucional adecuado que elimine la incertidumbre, promueva la estabilidad y facilite la adopción de decisiones por parte de los agentes económicos individuales.

El punto de partida de la economía de la oferta es, claramente, la incapacidad de las políticas de demanda para dar solución a los problemas generados por la variación de precios relativos. Como pone de manifiesto el profesor **Argandoña**, el sistema actual, atrapado por múltiples rigideces, no es capaz de adaptarse, de manera rápida y suave, a esos cambios. A partir de ahí, la economía de la oferta, que no es tanto una escuela científica como un grupo de divulgadores de proposiciones que pueden

encontrarse en campos muy variados de la economía, ofrece unas soluciones basadas en los elementos siguientes: 1) confianza en la capacidad del capitalismo para satisfacer las necesidades sociales; 2) importancia de los incentivos personales, dado que los agentes económicos básicos, los individuos, se comportan de manera racional y optimizadora; 3) aplicación de la teoría de los precios a las políticas públicas y énfasis en el efecto que tienen tales políticas sobre precios relativos; 4) necesidad de anteponer la actividad productiva a la distributiva, puesto que, para repartir la riqueza, hay primero que crearla.

A lo largo del trabajo del profesor **Argandoña** se hace un amplio análisis de los problemas que, para los adeptos a la economía de la oferta, plantean los actuales sistemas fiscales, y de las modificaciones que deberían efectuarse para lograr que las estructuras impositivas impulsaran el ahorro, la inversión y el crecimiento. Un tema que, junto con la supresión de intervenciones, constituye el núcleo fundamental de las propuestas de esta escuela, propuestas encaminadas a liberar las energías productivas de la sociedad, mermadas por todas las restricciones que se han ido imponiendo a las conductas privadas, y a cambiar, en buena medida, el modelo de sociedad. Y propuestas que, a juicio del profesor **Argandoña**, serían aplicables a una economía como la española, fuertemente intervenida y poco capaz de aumentar su ritmo de crecimiento y de generación de empleo.

**EL CONTENIDO
DE LA
«COLABORACION
ESPECIAL»**

En muchos números de **PAPELES** se incluye un apartado de colaboraciones especiales en el que figuran trabajos que, por su especial interés o relevancia, merecen la más amplia divulgación posible. En el presente número, que cuenta también con esa sección, los trabajos están muy directamente relacionados con el Premio Nobel.

Sobre la importancia del Premio Nobel no es preciso insistir: es bien sabido que se trata, hoy por hoy, del máximo galardón que se concede para determinadas actividades y, entre ellas, y desde 1969, figura también la Economía. Otros premios pueden contar con una dotación económica más importante, pero ninguno goza de su prestigio. Todo ello es bien sabido. De lo que ya se sabe menos es de las interioridades del Premio Nobel de Economía, de cómo se concede y de qué logros específicos en el campo de la Economía tiende a premiar. Temas que toca el artículo de **Assar Lindbeck**, un trabajo que ilumina determinados aspectos esenciales y formales del premio, y cuya lectura reviste un interés manifiesto, inclusive para los que no aspiran a obtener el Nobel de Economía.

Hasta el momento, veintitrés economistas de diversas nacionalidades, pero con claro predominio de los norteamericanos, han obtenido el galardón. Generalmente por sus aportaciones a la teoría económica básica, pero también por trabajos ligados a la economía aplicada o al análisis institucional. El trabajo de síntesis del profesor **Manuel Jesús González**, que ilustra esta parte última de la revista, permite conocer la trayectoria personal y profesional de estos economistas.

El último de los Nobel es el profesor **Franco Modigliani**, bien conocido en España, puesto que nos ha visitado en varias ocasiones. Aunque el profesor **Modigliani**, como casi todos los economistas destacados, ha trabajado en campos diversos de la ciencia económica y contribuido a la difusión y actualización del pensamiento keynesiano, una de sus contribuciones más difundidas es la hipótesis del ciclo vital del ahorro y las aplicaciones que esa hipótesis tiene en la política económica. Tan es así que el mismo profesor **Modigliani** escogió ese tema para su conferencia del Nobel, conferencia que, amablemente remitida por el Comité del Premio Nobel, incluimos, traducida al español, en este número de PAPELES.

La explicación del ahorro asociada al ciclo vital, ofrecida por el profesor **Modigliani**, parecía reclamar el complemento de otras explicaciones alternativas para situar la aportación del Nobel de Economía. Esa explicación amplia —facilitada por el profesor **Antonio Argandoña**—, y que refiere las teorías actuales sobre las motivaciones del ahorro, es lo que hallará el lector como colaboración final de este número de PAPELES.